

Mientras se vienen abajo los viejos barrios

Hay monumentos que mueren de pie como los árboles

Por José Ombuena

Son como árboles milenarios respetados por el rayo, pero vencidos por la edad o por la desgracia. Estoy pensando en el San Juan del Mercado, el templo valenciano de los Santos Juanes. ¿Qué son los Santos Juanes, un árbol que se muere o un monumento que se desmorona?

Arte y vida son, para mí, conceptos muy distintos y a veces contrapuestos. El arte es producto de un orden, un orden que admite cierto desorden, pero orden al cabo. La vida, diversa, plural, imprevisible, es de suyo un desorden, ordenado desorden, pero desorden al cabo. El arte, encerrado en sus órdenes, produce escoriales y versalles. El arte, abierto a la arrolladora vida de los hombres y los siglos, produce monumentos tan desordenados e indefinibles como los Santos Juanes. Los Santos Juanes, por ser vida muy intensamente vivida, no caben en un orden —orden se dice— arquitectónico. Nace gótico y crece barroco; llega Palomino y le cubre las ojivas con una bóveda de clamorosa pintura; llega Ponzanelli y le añade un púlpito que podríamos calificar de italianizante, si no fuera innecesario al hablar de un templo, una ciudad y una gente en la que casi todo es italianizante y oliendo (en ocasiones mal como huele la vida) a Nápoles o por allí.

Aquí, San Juan. Enfrente, la Lonja. Entre San Juan y la Lonja, el viejo mercado huertano de tollos. A San Juan se le llamó la parroquia "dels pillos", y por aquellos andurriales vagaba en tiempos de picaresca, Nelo el Tripero, pariente del quevedesco Buscón:

Soc el so Nelo el Tripero
el que ha deixat asombrat
a tot el món y les Indies
que per haberme criat
sense conèixer mon pare
he eixit ben aprofitat.
Fill del carrer de Cañete
per lo que vullguen manar
y ma mare era la Chata
la que pelaba pardals...
y me tirí a fer mandaos
a les chiques del Mercat.

Pasó Nelo el Tripero y vino El Palleter que le declaró la guerra a Napoleón, nada menos, allí mismo, en la placeta de les Panses, no lejos de donde ajusticiarían al guerrillero Romeu y cerca de donde, en el número nosécuantos de la plaza del Mercado, tuvieron una tienda de coloniales los padres del marqués de Campo que nació allí, no marqués sino José Campo Pérez a secas, y le bautizaron en la pila de San Juan, en la que igualmente bautizaron a Vicente Blasco Ibáñez, cuyos padres también tenían, algo más allá, una tienda como la de los padres del marqués de Campo y cuando Blasco escribe su primera gran novela, "Arroz y tartana", la hacer arrancar del momento en que aquella su doña Manuela "a las tres de la tarde entró en la plaza del Mercado" y contemplaba, dice, "a la iglesia de los Santos Juanes con su terraza de oxidadas barandillas".

En la misma pila bautizaron al cardenal Benlloch, que sería cura en el mismo San Juan y se escapaba a charlar con las huertanas del Mercado; a Federico

García Sanchiz, que se hacía llamar "el Coloquero", y a otros muchos ilustres y a muchísimos granujas, benditos sean todos ellos, y sólo por pelos no bautizaron al que suscribe, bautizado en el Pilar, que tampoco es mal barrio y no el barrio chino que ahora dicen, sino un barrio de gente de bien y trabajadora que vivía en casas de las de aldaba y tres y repique, entre caserones pretenciosamente llamados palacios como el que al ser derribado daría nombre al Palacio Cinema, pared por medio, es verdad, de donde tenían el negocio las Mmes. Marcelle et Concha, famosas en los anales de la vieja Valencia.

Digo yo que no me bautizaron en los Santos Juanes, pero a su parroquia he pertenecido largamente y en la calle de Ercilla, junto a la plaza de Collado, murió mi madre, que esa es mucha historia para mí, y bastantes mañanas me iban a despertar las campanas de San Juan que eran campanas de muy buen sonar. Víctor Hugo había escrito:

"Valence a les clochers
de ses trois cents églises..."

Trescientos campanarios, dijo, sí. Sonaban las campanas de San Juan y se aivaba de procesiones el viejo barrio surcado por bandas de música con mucho metal y mucho parche, sonando a la Sinfonía Italiana de Mendelsohn. Una noche de abril del 1931 llegaba a las puertas de San Juan una de aquellas procesiones con su San Vicente a cuestras, lo entraban en el templo y, cerradas las puertas, vibraban en la calle los sonos de la Marsellesa anunciando que acababa de proclamarse la Segunda República; y también, pocos años después, una noche de julio de

1936, se encendía allí mismo, la primera, una hoguera devastadora que haría del viejo templo un esqueleto carbonizado anunciando la llegada de unos años de luto y de sangre.

Viene a cuento todo esto, por el primoroso y documentado libro que acaban de publicar el profesor Santiago Sebastián López y María Reyes Zarranz Domenech, "Historia y mensaje del templo de los Santos Juanes". Habremos de felicitar a los autores y hemos de felicitarnos todos por la aparición de libro tan esencial.

Los Santos Juanes, ya lo dije, es arte y vida a la vez: una vida que se perpetúa en arte y un arte al que la vida misma devora, transforma y destruye. Había que salvar para las memorias venideras lo que ha habido y hay de arte en ese árbol carbonizado que se nos muere de pie y ello lo logra espléndidamente el libro que acaba de ver la luz. Otra cosa, cuya evocación no cabría ni en mil volúmenes, es la vida que se ha albergado junto a aquellas piedras: la suma de recuerdos y el latido popular que pueda permanecer en ellas, por encima de cambios culturales y culturales, como sería una misa de don Salvador Giner, de las que ahora no aceptan los nuevos aires litúrgicos, resonando bajo la bóveda de Palomino, o "la oración de los animetes", dicho así, con ese diminutivo conmovido y tierno que el valenciano reservó para las ánimas errantes por el más allá, oración que murmuraba una buena mujer ciega, que se estaba allí, la pobre, muy ajena a concilios, entre la nube de mendicantes, dedicada a la benigna tarea, previa limosna, de sacar almas del purgatorio.